

FILOSOFIA Y UNIVERSIDAD

José Gandolfo G.
Universidad Metropolitana
de Ciencias de la Educación

RE 1) Hay algunas cosas que yo sé muy bien, aunque quizás, desde otro punto de vista, preferiría no saberlas. En primer lugar sé que ahora no puedo guardar silencio. Estoy sometido al imperativo que ordena: "debes decir algo". La ejecución de este mandato es lo que, en la Universidad, se denomina enseñar. La universidad, en tanto soy un profesor, me obliga de esa manera a cumplir la función docente que ella misma se asigna como esencial.

2) Pero, además, sé que mi decir no puede ser de cualquiera índole, sino que debe referirse a un ámbito preciso y someterse a ciertas exigencias formales bien rigurosas. En efecto, para que mi discurso cumpla la función pedagógica antes señalada, es necesario que sea la expresión genuina de un saber, que en este caso ha de ser, además, saber filosófico. Sólo en la medida que ya sé, puedo pretender ahora sumir mi rol de maestro -mejor digamos: de profesor-; sólo en la medida en que ya sé puedo arrogarme el derecho de hablar ante los que son en esta ocasión mis oyentes. Ahora bien, ese saber me ha sido en parte otorgado y, finalmente, legitimado por la misma universidad a través de sus mecanismos habituales de enseñanza y examinación. Pero, y esto es lo que desearía ahora subrayar, la universidad no sólo se limita a ordenar reproducir un saber adquirido con anterioridad en sus aulas, sino en producir y comunicar un saber nuevo, inédito, original. De modo que, como se ve, estoy sometido no sólo al imperativo de producir discursos, sino también al de producir el saber. Solamente si hago efectivo este último, cumplo con esa función que la universidad se atribuye como inherente a su naturaleza y que se denomina investigación.

3) Por último, aunque no menos relevante, es el hecho de que el saber presuntamente adquirido mediante la investigación, deba comunicarlo no de una forma puramente oral, sino que presentado bajo el modo de un trabajo escrito. Es el imperativo de la escritura, con todo el vigor y la compleja trama de exigencias que, al interior de la universidad, ha adquirido en estos tiempos.

4) Es la conciencia de estos imperativos que la universidad me impone -producción y comunicación oral y escrita de discursos que tienen el carácter de un saber- lo que explica, hasta cierto punto, mi presencia en ella. Pero digo, hasta cierto punto, porque podría alguien pensar que mi intención es tratar de acatar y cumplir, del modo más airoso posible, esas normas que determinan la estructura esencial de la actividad universitaria; cuando en verdad, lo que pretendo es justamente lo contrario, es decir, invitarlos a discutirlos y, finalmente a transgredirlas. Y el motivo para ello -lo confieso de inmediato- es que presiento cada vez con más evidencia que los imperativos universitarios antes señalados hacen imposible el libre despliegue del pensar filosófico en cierta forma que me parece ser el más genuino. Dicho en palabras más fuertes: creo que la Universidad contiene gérmenes antifilosóficos que anidan en su misma esencia. Pero esto debo explicarlo con mayor prolijidad y detención.

5) Voy a tomar como paradigma para efectuar mi análisis a la filosofía de Aristóteles en su núcleo fundamental, esto es, en su metafísica, tal como ésta es presentada en los dos primeros capítulos del libro I de la obra homónima. En ella, en efecto, aparecen determinaciones permanentes y válidas para toda la metafísica ulterior. La primera es que la metafísica tiene su punto de partida en la concepción del hombre como voluntad de saber, concepción elaborada con anterioridad por Platón en "El Banquete". Como respuesta a esa voluntad de saber, es decir, como una reacción de fuga ante la conciencia de no saber, es que el Estagirita forja el magno proyecto de la Filosofía primera, de una ciencia de los primeros principios y causas, en fin, de la sabiduría. La filosofía, en tanto metafísica, se define a sí misma y quiere ser sabiduría. De allí resulta, entre otras características, que quien aspire a llamarse sabio, en tanto conoce principios y causas, deba ser alguien capaz de enseñar, de comunicar a otros su saber. Posesión del saber y capacidad de enseñarlo a otro son rasgos esenciales que definen al sabio concebido metafísicamente.

6) Pero el aspecto problemático de estas características metafísicas del filósofo y la filosofía, queda plenamente de manifiesto si enfocamos nuestro análisis hacia la determinación de la sabiduría o ciencia primera como la más divina, en el doble sentido -explica Aristóteles- que "sería la que tendría Dios principalmente, y la que verse sobre lo divino. Y, añade, esta sola reúne ambas condiciones, pues Dios les parece a todos ser una de las causas y cierto principio, y tal ciencia puede tenerla o Dios solo o él principalmente". (Met. 1, 2).

Pero es el mismo Aristóteles quien se encarga de mostrarnos el carácter problemático que este proyecto de sabiduría involucra. En efecto, nos dice "su adquisición podría ser considerada con justicia impropia del hombre. Pues la natu-

raleza humana es esclava en muchos aspectos, de suerte que, según Simónides, "sólo un dios puede tener este privilegio". La respuesta a esta objeción que sostiene que el saber es propiedad exclusiva de los dioses, viene dada por Aristóteles en el Libro X de su *Ética a Nicómaco*, capítulo 7, y consiste en la simple afirmación de que existe algo divino en el hombre mismo -su mente o razón- y que eso divino es lo propio del hombre. "No debemos, pues, como algunos aconsejan, tener pensamientos humanos puesto que somos mortales", sino aspirar, en la medida de lo posible, a poseer la ciencia que nos pertenece.

La segunda objeción, también proveniente de la poesía, a saber, que la pretensión de obtener ese saber pueda despertar la envidia y la ira de los dioses, es desechada apelando a cierto refrán que dice: "los poetas mienten mucho".

Tan sólo desearía hacer dos observaciones al respecto.

a) Que la metafísica irrumpe en evidente enfrentamiento con la visión tradicional acerca de la relación entre hombres y dioses, expresada en forma eminente en la poesía griega.

b) Que la descalificación de esa visión tradicional y su modificación por una nueva concepción del hombre y de lo divino, se da a partir de argumentos bastante débiles y poco consistentes. Lo que hay aquí es, más bien, la introducción inexplicada de ciertos supuestos que permiten emprender la búsqueda con seguridad y sin temor de la anhelada sabiduría, de la filosofía divina.

7) Sin embargo, la comprensión de la filosofía como sabiduría, esto es, como ciencia, como saber en sentido eminente y primero, no agota la total historia del pensamiento. En efecto y como contrapuesto a esa forma de entender la filosofía, como su antítesis quizás la más extrema, nos hallamos con el paradigma socrático, con la modalidad peculiar que Sócrates le infunde al acto de saber y de pensar. Para iluminar este paradigma me voy a apoyar principalmente en la figura de Sócrates que Platón nos presenta en su *Apología*.

a) Sócrates le asigna a su sabiduría -si es que tal vez pueda denominarse así- el carácter de *sabiduría humana*, frente a las de los acusadores que sería "más que humana". Pero además, añade que esa sabiduría humana es digna "de poco o nada". De tal forma que el Dios lo ha tomado como paradigma, como lugar donde se muestra a los demás "que entre los hombres será el más sabio, el septentísimo, aquel que, cual Sócrates reconozca que nada es su sabiduría frente a la Sabiduría". Esta afirmación de su sabiduría como sabiduría humana viene complementada por aquella otra que dice: "lo que casi de seguro da en lo cierto es, varones atenienses, que en la realidad de verdad sólo el Dios es sabio".

Ahora bien, el contenido humano de la sabiduría socrática consiste, según las expresiones que usa el pensador, en: "no me creo saber lo yo no sé", "yo,

como efectivamente no sé, tampoco me creo saber"; "tengo conciencia de verme por dentro, de que no sé nada". En suma, Sócrates *no sabe y su sabiduría consiste en saber que no sabe*.

Digamos tan sólo que esta visión que tiene Sócrates de sí mismo y de la sabiduría, no le viene de una crítica a la facultad de conocer, sino que es la traducción a términos filosóficos de la convicción de que el saber sólo le pertenece al Dios. De ese modo, Sócrates se inserta en la comprensión poético-trágica de la relación del hombre y lo divino y es la culminación de ese saber tradicional.

Por otra parte, y como consecuencia inmediata de su no posesión de un saber, Sócrates niega también su calidad de maestro, su capacidad de enseñar. Sócrates no sabe ni enseña nada.

b) Frente a este lado negativo de la "filosofía" socrática, es decir, frente al hecho de que aquella no consiste en un saber, en una teoría, en una ciencia o doctrina, se hace necesario esclarecer su lado positivo. Para inteligir esa positividad hay que suponer en el hombre una tendencia innata o sobrepasar constantemente sus propios límites y a radicarse en la ilusión, es decir, en la creencia que sabe lo que no sabe. A la luz de ese impulso a la desmesura, la actitud de Sócrates como filósofo se desarrolla como una praxis, como una actividad destinada a retrotraer a los hombres al ámbito de sus propios límites, a la conciencia de que, en cuanto hombres, no saben. Frente a la dirección que toma la metafísica Aristotélica de "huida del no saber" la actividad socrática se orienta en el sentido exactamente contrario: de regreso, de aproximación hacia el no saber. Esa praxis es el diálogo filosófico, el arte de llevar al otro, a través de la pregunta, al ámbito que le es propio, que le pertenece por naturaleza: el de ser hombres y no dioses.

Ahora bien, este regreso del hombre hacia sus propios límites significa -como la misma existencia socrática lo revela de múltiples maneras- quedar expuesto al ámbito abierto de lo divino, de sus dones, enigmas y señales. Es decir, la praxis socrática del diálogo nos abandona a la espera de lo inesperado, de lo que no es ni previsible ni calculable mediante la razón. Nos devuelve la condición humana.

Casi resultaría inatingente indicar ahora cómo esta forma de pensar que Sócrates nos legó es imposible, ilegítima, al interior de una institución que como la Universidad está asentada en la metafísica y cuyos imperativos son los de producir saber y enseñarlos a otros.